

Memorias de un paraguas

El otro día, hojeando una revista Life, encontré una foto enorme. Es una foto del entierro de Hirohito. En ella aparece la nueva emperatriz, la esposa de Akihito. Está lloviendo. Al fondo, fuera de foco, se ven los guardias con impermeables blancos, y más al fondo la multitud con paraguas, periódicos y trapos en la cabeza; y en el centro de la foto, en un segundo plano, la emperatriz sola, muy delgada, totalmente vestida de negro, con un velo negro y un paraguas negro. Vi aquella foto maravillosa y lo primero que me vino al corazón fue que allí había una historia. Una historia que, por supuesto, no es la de la muerte del emperador, la que está contando la foto, sino otra. Se me quedó esa historia en la cabeza y ha seguido ahí, dando vueltas. Ya eliminé el fondo, descarté por completo los guardias vestidos de blanco, la gente... Por un momento me quedé únicamente con la imagen de la emperatriz bajo la lluvia, pero muy pronto la descarté también. Y entonces lo único que me quedó fue el paraguas. Estoy absolutamente convencido de que en ese paraguas hay una historia.

Gabriel García Márquez

ANTE TODO quiero pedir perdón por la herejía que puedo estar cometiendo al narrar mi sombría existencia y extrañas aventuras en el mundo de los humanos con anhelo artístico o literario; como si yo fuera un importante personaje de la sociedad, un artista bohemio o un famoso, que, como todos sabemos, son los únicos que están legitimados para narrar sus intensas vidas con toda riqueza de detalles. Es posible que muchos de ustedes se pregunten adónde vamos a llegar si hasta los insignificantes paraguas se permiten el lujo de pensar y largan discursos con el afán de mostrar una actitud ética que resalte la miseria y ruindad de las personas. Y puede que no les falte razón, ya que formamos parte del mundo de los objetos fabricados por el hombre; y, como tales, carecemos de vida propia y de utilidad sin una mano que nos abra y despliegue nuestra tela protectora. Por todo lo expuesto, más nos valdría estar agradecidos, callados y mostrarnos complacientes con nuestros creadores y propietarios. Pero por tener la existencia limitada al capricho de nuestro amo, y carecer de la ilusión que supone una hipotética y eterna vida feliz después de la muerte, estamos autorizados para ser unos anónimos, agudos y un tanto sarcásticos observadores de los extraños hábitos de los humanos, y el hecho de que siempre permanezcamos serviles a su lado, dispuestos a cobijarlos cuando la lluvia les recuerda sus debilidades y nuestra utilidad, no significa que estemos de acuerdo con las ambiguas ideas y extrañas actitudes de nuestros compradores.

«Vaya, un paraguas bocazas y rebelde, como si no tuviéramos bastante que soportar con las tonterías que dicen ciertos bípedos; sino que, además, tendríamos que aguantar las opiniones de los objetos que éstos han fabricado. Esto sería el caos». Es probable que alguno de ustedes se haya hecho este adecuado razonamiento y desista de continuar adelante con la lectura de estas memorias. También es posible que nunca se lleguen a publicar o queden para siempre mutiladas, puesto que las circunstancias en que las estoy escribiendo no son las más favorables para que lleguen a los editores. Y por si fuera poco, estos no suelen molestarse en entender el idioma que hablamos los cuerpos inertes. Eso no presagia

grandes ventas, por lo que sería necesario un intérprete que traduzca mis palabras con gran pasión para convencerlos de su calidad y un agente que me promocionase. Pero si estas reflexiones ven la luz algún día, ya habrá tiempo para explicar el cauce que siguieron.

No me encuentro en las circunstancias más apropiadas para divagar sobre futuros inciertos, cuando sé que en pocas horas me encontraré con un destino cierto y terrible. En cualquier caso, lejos estarán mis palabras de convertirse en manifiesto paraguero que pretenda la rebelión de los paraguas y sus congéneres, sombrillas, contra aquéllos que unas veces nos agarran con sus manos, otras nos ahogan, y de tarde en tarde aparece alguien que nos estrangula.

Antes de seguir adelante, quiero aclarar que yo no soy uno de esos minúsculos y mutilados paraguas fabricados en países tercermundistas con materiales de muy baja calidad y destinados a durar una temporada escasa, antes de ser abandonados en el cubo de basura con la llegada de los primeros días soleados. Yo soy un paraguas selecto, portador de una gran clase y elegido para proteger las cabezas de los más importantes miembros de las clases pudientes con mis delicados tejidos, resistentes varillas y sofisticada empuñadura. Digo esto para que entiendan que mis opiniones no están condicionadas por el resentimiento y la envidia que brota de aquéllos que se sienten menospreciados.

Fui diseñado y creado en Londres –la gloriosa y bella capital de la lluvia–, en los talleres de la factoría de los herederos de Sir Francis Stormy; y, por lo tanto, pertenezco a la muy exclusiva familia de los genuinos Rain Time, los paraguas más distinguidos del mundo desde hace incontables generaciones. Algunos de mis parientes han protegido las cabezas y costosas indumentarias de reyes, princesas, tiranos, artistas, militares y algún que otro Papa. Todos los grandes han contando en alguna ocasión con un Rain Time protegiéndolo de la lluvia. Siento decir que yo no he sido uno de los destacados protagonistas de la firma. He carecido de la oportunidad de servir a tan selecta clientela, pero no piensen que lo lamento, porque entonces sólo hubiera conocido una parte

muy limitada de los humanos, nada representativa de lo que son como especie animal. Sí, animales, lo reitero. No deben olvidar que ustedes son unos bípedos pertenecientes a la familia de los mamíferos, como el burro, el cerdo, el toro y el orangután. Aunque se crean los miembros más listos y venerables de esa familia, no siempre lo demuestran, o quizás sea más correcto decir que casi nunca, pero no se preocupen, no voy a seguir por este camino espinoso. No quisiera encontrarme rodeado de feroces inquisidores dispuestos a llevarme a la hoguera en las primeras páginas de mi obra.

Toda historia ha de tener un principio, y el mío se remonta al final de la década de los setenta, todavía en el siglo XX. Yo fui creado el doce de marzo de mil novecientos setenta y nueve. Se trataba de un día muy lluvioso, lo que siempre se ha tomado como un excelente presagio para los de nuestra especie. No se sorprendan, nosotros también somos un tanto supersticiosos, aunque no llegamos a los rocambolescos extremos de ustedes. Yo había sido diseñado para formar parte de la serie Master de nuestra prestigiosa firma, que era como estar encuadrado en la segunda categoría. En primer lugar se fabricaba el modelo Élite de Luxe, en una cantidad muy limitada y sólo destinado a pedidos especiales. Este modelo luce empuñadura de marfil y cuenta con otros sofisticados detalles que lo hacen muy deseado por los potentados y horteras con dinero –confieso que yo me hubiera sentido cómplice de un cruel asesinato si me hubieran fabricado con un material que resulta maravilloso cuando se contempla en los colmillos de los elefantes, pero que pierde todo su encanto cuando lo manipulan mediocres humanos por simple afán de notoriedad–. Por debajo de mi posición se encontraban las series Classic y Popular, destinadas a satisfacer a aquellas personas que no querían renunciar a tan selecta marca, pero su presupuesto no alcanzaba para obtener los productos altos de la gama.

En confianza, estaba feliz de pertenecer a la clase Máster. Era la que mejor reflejaba mi sobriedad de carácter. No me gustaba pavonearme como esos presuntuosos de la Élite, pero tampoco quería que se me considerara un vulgar paraguas del montón. A

mí me crearon con una empuñadura de nogal, labrada con un elegante trenzado a semejanza de una coleta de mujer. Me sentía muy orgulloso de que ese largo apéndice, cargado de reminiscencias fálicas, no se encontrara desnudo y estuviera envuelto por el cabello femenino. Aunque parezca una cursilada, me hacía sentirme más protegido. Tengo que admitir que también nosotros somos pudorosos ante ciertos detalles carentes de buen gusto.

Como ya he dicho, yo no era uno de esos paraguas encogidos de varillas plegadas y tela arrugada y mal cosida. Podía mostrarme erguido y estaba rematado con una larga y reluciente punta de acero inoxidable que me dotaba de gran fortaleza; y, por consiguiente, me otorgaba las mismas capacidades y atributos con que contaban los insulsos bastones. La tela que formaba mi perfecta cúpula era negra, lo que me complacía, ya que si mi hubieran puesto un tejido estampado, o de otro color menos señorial, muy pronto hubiera pasado de moda y me hubieran ocultado en el fondo de un baúl; pero el negro, aunque a veces pueda parecer tétrico, está dotado de una gran distinción y siempre sobrevivirá a las modas que los innovadores y caprichosos diseñadores marquen.

Allí estaba un servidor, recién nacido en la gloriosa factoría Stormy. Lo que antes sólo era un armazón de madera y acero, unas varillas de metal, un retal de tela negra y un trozo de nogal, había adquirido identidad propia y se había convertido en un paraguas con denominación de origen y garantizado por cinco años contra todo tipo de roturas y defectos de fabricación. Junto a varios de mis colegas, fui sacado de la cadena de producción y trasladado al enorme almacén de la fábrica, donde sería cuidadosamente embalado, para partir después hacia un lugar desconocido a la búsqueda de un destino incierto. No me negaran que el inicio de mi historia puede recordar a una a epopéya.

En la fría oscuridad del almacén se sucedieron varios días de gran inquietud. Se palpaba la impaciencia de los novatos. Todos estábamos deseosos de entrar en acción cuanto antes. La posibilidad de quedar para siempre condenados en el interior de la fábrica, con el fin de ser destinados a pasar los salvajes controles de

calidad, nos aterraba; aunque preferíamos no hablar de ello porque creíamos en la existencia de gafes.

Los colegas especulaban sobre los posibles puntos de destino y sus preferencias particulares. Los había conservadores, que deseaban quedarse en el país que los había creado por temor a la falta de civilización de otras culturas; también estaban los aventureros, que preferían caer en las manos de personas que viajaran por el mundo para conocer todos los confines del globo; y no faltaban los que se mostraban interesados por la ciencia y la cultura, que aspiraban a ser comprados por un catedrático universitario o un investigador para hacerse un hueco en tan selecto mundo. Pero había algo en lo que todos estábamos de acuerdo: ninguno quería ir destinado a los países desérticos, debido a que corríamos el riesgo de quedar plegados para siempre; o lo que aún sería más grave, ser utilizados como sombrillas para proteger a los nativos del sol y de la arena, algo que era muy perjudicial para la estructura y acortaba enormemente nuestra longevidad. Los Rain Time estábamos muy bien preparados para luchar contra el agua, no contra el calor asfixiante, el fuerte viento y la corrosiva arena.

Yo no me quería hacer grandes ilusiones de cara al futuro y prefería ver la vida según llegara, sin especulaciones. Desde siempre he pensado que de cada experiencia vivida se puede obtener un aprendizaje útil que nos mejore –como verán, los paraguas no nacemos estúpidos como otros objetos y criaturas, sino que estamos dotados de importantes conocimientos y de una gran capacidad analítica. Ustedes lo llaman psicología, pero nosotros somos menos vanidosos y no vamos poniéndole complejos nombres a todo lo que observamos–.

Tras varias jornadas de incertidumbre, llegó el ansiado día de la partida. A un grupo de unos mil nos introdujeron con milimetrada precisión en resistentes cajas de cartón que se fueron acumulando en un frío y oscuro contenedor de hierro. Posteriormente nos condujeron en una carretilla elevadora hasta el interior de un camión. La tensión entre los miembros que componíamos la expedición era palpable. Temíamos que comenzara un incómodo y

largo viaje en el que permaneceríamos apelmazados y sin la mínima posibilidad de disfrutar del paisaje. Ya de entrada los humanos nos demostraban que no estaban dispuestos a tratarnos con un mínimo respeto. Si recién nacidos ya éramos masificados y no nos mostraban ninguna señal de afecto, ¿qué sería de nosotros cuando fuéramos viejos yuviéramos goteras? Mejor no pensar en ello.

El viaje del camión apenas si duró dos horas. Para entonces ya sospechábamos que nuestro destino no estaba en Londres; y por la brisa marina, los desagradables olores portuarios y el intenso pitido de las sirenas de los barcos, suponíamos que nos deportaban a un lejano lugar de exilio. «Mal comienzo –pensé yo–, si a un ser lo expulsan de su madre patria nada más nacer, difícilmente podrá sentirse integrado en cualquier otra sociedad del mundo».

En el puerto fuimos sacados del camión. Durante unos momentos pudimos sentir que flotábamos en el espacio y que el suelo se alejaba de nosotros. Era una sensación agradable, pero fue muy breve y enseguida comenzó un lento descenso que nos condujo hasta las profundidades de las bodegas de un viejo carguero, junto a otros contenedores que nunca supimos lo que transportaban a pesar de los intentos que hicimos para comunicarnos con esos colegas de éxodo.

No puedo decir con exactitud cuantos días duró el viaje. Por entonces el sentido de medición del tiempo no lo tenía muy desarrollado, pero intuía que había sido lo suficientemente prolongado para que nuestro destino no fuera la vecina costa francesa, y deduje que no había sido tan largo como para haber cruzado el océano. Las conclusiones de mis colegas habían sido muy similares, y al llegar a puerto pensábamos que se trataba de un lugar de Europa, pero aún desconocíamos cuál era nuestro paradero exacto. El viejo continente ofrecía muchas posibilidades, pero no todas eran igual de interesantes para un paraguas con iniciativa.

En el puerto nos volvieron a cargar en un camión, sin concedernos tiempo para el descanso, y comenzamos un nuevo tránsito por carretera. Una intensa luz se filtraba por las rendijas, y supu-

simos que nos desplazábamos hacia el sur, donde el sol era más fuerte que la lluvia; y, por lo tanto, nuestra importancia se podría ver devaluada al ser menos reconocida la decisiva labor que realizábamos.

El largo e incómodo viaje terminó en una enorme nave industrial destinada para acoger todo tipo de artilugios fabricados por el hombre antes de ser distribuidos para su venta. Por fin el contenedor fue abierto y pudimos abandonar el ingrato encierro opresor. Entre varios operarios, no muy delicados en el trato, nos fueron clasificando en diversos lotes. Ese momento fue especialmente duro para todos nosotros. Suponía la separación definitiva de muchos compañeros con los que habíamos compartido el origen y las penurias de la travesía. Pero todos estábamos preparados para cuando llegara el día del desarraigo del grupo y quedáramos expuestos a la soledad del individuo ante un mundo hostil –los paraguas carecemos de estrechos vínculos familiares–. Al menos, nos quedaba el consuelo de saber que ya no volveríamos a permanecer encerrados en el interior de un cajón oscuro.

Fuimos clasificados en diez conjuntos de similar tamaño y los primeros lotes fueron introducidos en nuevos vehículos en los que abandonaron la nave. Otros nos quedamos allí durante toda la noche. Por las voces de los operarios y algunos cánticos típicos, pudimos adivinar que estábamos almacenados en un lugar de España, lo que particularmente me alegró, pues consideraba que se trataba de un país que tenía grandes perspectivas de futuro. No me pregunten por qué lo sabía. Si tuviera que explicarles cómo funciona la inteligencia paraguera, creo que necesitaría un libro de considerable volumen para reflejar una enorme cantidad de datos científicos de difícil comprensión para los humanos, pero no se preocupen, el propósito de esta obra dista mucho de ser un aburrido manual técnico que trate sobre el funcionamiento de inteligencias superiores.

A la mañana siguiente, poco antes del amanecer, fui conducido junto con mis compañeros de grupo al interior de un furgón. Nuestro destino se encontraba en unos grandes almacenes de Madrid, donde seríamos vendidos a una selecta clientela por un ele-

vado precio cuando comenzara la temporada «otoño-invierno». Tras ser rigurosamente examinado y etiquetado por una hermosa empleada, lo que produjo un agradable cosquilleo en toda mi estructura, fui depositado en las estanterías de un almacén. Sólo me quedaba esperar a que llegara el momento de ser comercializado para que mi desarrollo pudiera ser completo de la mano de un inteligente humano que fuera responsable de mi cuidado y aprendizaje, y al que yo pensaba servir con plena dedicación y fidelidad.

Durante tres meses permanecí ubicado en el mismo lugar de la estantería sin que nadie se acercara a rescatarme, ni se percatara de mi existencia. Pensaba que los encargados del local se habían olvidado de mí. Los días se hicieron interminables. Todavía era demasiado joven para vivir de lejanas nostalgias o de ilusiones perdidas, y eso disparaba mi impaciencia. Todas las mañanas, cuando se abrían las puertas del almacén, confiaba en que hubiera llegado el final de la condena y me pusieran en libertad; pero antes vi desfilar por los pasillos a las estiradas sombrillas, a las sufridas toallas de baño y a los minúsculos e impúdicos bañadores, destinados a sugerir y tapar las intimidades humanas, sin que nadie reparara en nuestra dolida presencia.

Dice un refrán originario de las espadas, del que luego los hombres se apropiaron, como siempre hacen cuando algo les interesa, que toda guerra tiene su armisticio. Una mañana de finales de agosto, varios operarios nos recogieron a todos los paraguas, gabardinas, botas de agua y demás prendas relacionadas con mi amada y anhelada lluvia y fuimos trasladados, ante nuestro regocijo, hasta la última parada antes de ser vendidos y comenzar a disfrutar de cada destino individual.

Mi lugar estaba reservado en un lugar de honor de la planta de caballeros, frente a la zona de entrada de la agencia de viajes. Escrupulosos dependientes, impecablemente uniformados, nos fueron revisando y poniendo una etiqueta con el precio antes de situarnos en los compartimentos que ocuparíamos para que los clientes nos pudieran elegir. Todo estaba estudiado al mínimo

detalle y no había lugar para la improvisación. Parecía que aquél iba a ser mi destino circunstancial hasta que un comprador se fijara en mí. Pero el azar que rige a los humanos también nos alcanza. Por allí cerca andaba el escaparatista vistiendo a un engreído maniquí con un elegante traje azul marino, camisa blanca y con una horrible corbata de cuadros. Después le colocó una señorial gabardina gris, pero no parecía satisfecho con la composición de su obra, así que se acercó hasta mi posición y me examinó con minuciosidad. Ni que decir tiene que pasé la prueba y resulté elegido para que el insulso muñeco me sujetara con su mano. El decorador, en su afán perfeccionista, probó muchas posturas antes de dar con la que consideraba que otorgaba un mayor equilibrio al conjunto. A mí se me ocurrieron varias que resultaban más estéticas, pero he de reconocer que su obra no estaba mal para proceder de un vulgar humano.

Confieso que ese gesto supuso un estímulo para mi vanidad. Había sido seleccionado para ser exhibido en el lugar más importante de la sección. Todas las personas que pasaran por allí se fijarían en mí, lo que me permitiría observar atentamente la conducta de los humanos antes de atarme a uno para siempre.

Dos meses más tarde estaba harto de esa ostentosa y absurda posición que nadie se había molestado en modificar. La ilusión inicial se había transformado en desazón al ser consciente de que estaba viviendo una realidad ficticia. Lo que empezó siendo un premio para mi narcisismo, se fue convirtiendo en una cruel penitencia, ya que resultaba insoportable la convivencia con el pedante maniquí que comprimía mi delicada empuñadura con sus insensibles zarpas. Además, veía cómo muchos de mis colegas eran adquiridos por solventes individuos y comenzaban a ejercer su carrera laboral, mientras yo no podía ser comprado hasta que abandonara el exhibicionista e inútil lugar que ocupaba.

También es cierto que pude observar de manera privilegiada a infinidad de personas que se acercaron a contemplarme –el maniquí y la gabardina pensaban que eran ellos los que llamaban la atención de los supuestos compradores, pero yo sabía que la mayoría de las miradas iban dirigidas a mí–, aunque distaba de ser el

objetivo que me había marcado para mi existencia. Yo no quería estar destinado a la contemplación, como si en tótem o en dios me hubiera convertido, sino que deseaba lograr una mayor participación en el orden del universo, y para eso tenía que salir pronto de los grandes almacenes. No quiero decir que mi experiencia como pieza de museo fuera totalmente vacua, al contrario, me aportó importantes datos de cara a un mayor conocimiento de algunos humanos y sus peculiaridades. Frente a mí desfilaron personas de todo tipo y condición. Abundaban las mujeres de mediana edad en busca de prendas que pudieran cambiar el aspecto de su marido, con la vana esperanza de que no sólo se modificara su apariencia externa. En algunas ocasiones aparecieron hombres de porte distinguido, probablemente ejecutivos o funcionarios de muy alto nivel en busca de algún objeto que pudiera realzar su idiosincrasia y diferenciarles de la plebe. Por último, también pude ver a jóvenes de ambos sexos que buscaban algún regalo para su padre, pero que huían al contemplarme por resultar demasiado oneroso para su modesto presupuesto.

Las rebajas ponían el colofón a la temporada invernal. Fui separado de ese presumido aspirante a humano que jamás tendría sentimientos propios ni abandonaría el falso mundo de los escaparates. Mi nuevo destino estaba en un anónimo lugar en los estantes y fui marcado con un treinta por ciento de descuento, lo que supuso un fuerte golpe a mi orgullo. Antes de ser estrenado me veía menospreciado. Supongo que se trataba del tributo pagado por los dos meses de fama y de desgaste por parte de todos aquellos que me manipularon para comprobar mis cualidades. Pero en aquella época sólo había una cosa que me preocupaba: tenía que salir de esos almacenes cuanto antes, fuera en las condiciones que fuera. Era un destino muy triste para un paraguas el no haberse enfrentado nunca con su amada lluvia, y la amenaza de pasarme otra larga temporada encerrado en una nave oscura era terrible. Creo que nunca lo hubiera podido soportar sin plantearme la posibilidad del suicidio.

Mas la desgracia no siempre se impone y a todos nos llega el día clave de nuestra existencia, siempre que se esté preparado

para enfrentarse a él. Un lluvioso día de enero vi a un hombre, que llevaba la gabardina empapada, merodear cerca de mi estante. Parecía muy interesado por los de mi especie. Abrió varios paraguas de la competencia, que dicho sea de paso eran burdas imitaciones de mi grandioso estilo. Después me cogió y me examinó con detalle. Una dependienta se acercó para atenderlo y le estuvo hablando de las grandes cualidades de los genuinos Rain Time, lo que hizo que yo me ensanchara, pero el hombre no parecía demasiado interesado en conocer mi currículum; aunque finalmente me eligió. Cuando le preguntaron si me envolvían, el respondió que me utilizaría inmediatamente. Iba a comenzar a trabajar. Entonces no podía adivinar la importancia de mi dueño, pero acababa de ser adquirido por don Alfredo Cruz Mayoral, director comercial de la delegación española de una importante multinacional de seguros. Un genuino ejecutivo agresivo.

Por fin había llegado el momento de abandonar las dependencias en las que había pasado una gran parte de mi corta vida. Cuando salimos a la calle, y mi nuevo dueño desplegó mis alas –perdonen la cursilería, pero a todo paraguas le gusta sentirse poeta–, sentí con enorme placer cómo era capaz de detener el agua que con saña golpeaba mi impermeable tela. Por primera vez creí conocer lo que era el amor al abrazar la lluvia que caía sobre mi cúpula con un vigor que reblandecía mis varillas. Fue un debut breve, apenas recorrí unas manzanas de la mano de Alfredo, pero se trató de una experiencia memorable. Me enfrentaba a las calles de una gran ciudad y me sentía libre y realizado porque estaba cumpliendo con mi gran misión. Yo atraía el agua que a mi señor intentaba empapar y que para mí se convertía en caricia. Cumplí la misión con enorme solvencia y distinción para que él pudiera sentirse orgulloso de su nuevo súbdito. Estaba convencido de que mi destino comenzaba a cambiar y sabía que grandes misiones me esperaban acompañando en sus andanzas a aquel hombre de tan alto nivel profesional. Yo confiaba en que su talla humana llegara al mismo nivel de su situación laboral, puesto que había tenido el buen gusto de elegirme, y eso no lo habría hecho una persona

carente de sensibilidad.

Alfredo vivía en un apartamento que debía ser muy lujoso, y digo debía porque nunca conocí su interior. Mi dueño tuvo la enorme falta de delicadeza de dejarme siempre en el paragüero de la entrada, sin darme la oportunidad de sentir que en aquel piso también se encontraba mi hogar. Estaba claro que yo no era digno de entrar en su casa, y difícilmente podría entablar cierta intimidad con mi propietario, al que todavía me empeñaba en considerar una buena persona –cuando la supervivencia de uno depende en exclusiva de un individuo, es muy difícil juzgarlo con ecuanimidad–. Todo hacía indicar que nuestra comunicación sería imposible, aunque yo me empeñaba en mostrarle mi afecto creyendo en el milagro de su redención.

Ese año fue especialmente seco y ventoso. En contadas ocasiones pude abandonar el sombrío paragüero que se había convertido en mi estrecha morada, que más parecía trinchera puesto que apenas si podía asomar mi empuñadura. Enfrente había una ventana desde la que tenía una visión muy restringida del mundo. Sólo contemplaba una parte muy limitada del edificio de enfrente y algo de cielo, pero sabía distinguir muy bien la luz de las sombras, y pude comprobar que el sol ejercía una severa tiranía sobre las nubes. En los escasos días en los que éstas mostraban su furia, para mi desesperación, mi amo y señor prefería quedarse en casa acompañado de un artilugio tan zafio y carente de personalidad como la televisión.

Poco a poco mi opinión sobre Alfredo fue cambiando y hasta llegué a despreciarlo, no sólo por el hecho de que pasara de mí y casi nunca me sacara a la calle, sino porque esa actitud era extensiva al resto de sus posesiones, entre las que tendía a incluir a sus propios congéneres. No le importaba nada de lo que sucediera a su alrededor y nadie gozaba de su afecto, sólo se dejaba llevar por su propio egocentrismo de triunfador social.

Él debía tener un atractivo especial para cierto grupo de mujeres –sospecho que producido por su desahogada situación económica antes que por sus nulos encantos personales como hombre–. Fueron varias las que pude ver transitando por el aparta-

mento desde mi poco privilegiada posición. Logré escuchar innumerables conversaciones que me permitieron comprobar mi teoría de que el humano, cuando se empeña, puede convertirse en el ser más estúpido que habita el planeta. De no ser así, de qué otra forma se podría entender que mujeres hermosas, dulces y supuestamente inteligentes se sometieran sin rechistar a los caprichos de un ser engreído, manipulador e inestable. Al mismo tiempo, este tipejo se dejó caer en las redes de una auténtica bruja, muy parecida a su anciana y adorada madre, mientras boicoteaba a maravillosas princesas. Inaudito pero cierto.

Cuando uno se pasa meses encerrado en un paraguero, viendo poco y escuchando mucho, aprende a conocer a esos supuestos reyes del universo, y se percata de que por cada tres cosas que dicen, dos son falsas y la otra inexacta. Al menos así eran casi todos los que conocí en mi primera etapa, y por entonces no tenía motivos para sospechar que existieran humanos de otra calaña.

Afortunadamente, con la llegada del otoño regresaron las lluvias y tormentas, y comencé a ser utilizado por mi amo para salir a la calle, con lo que mi ánimo empezó a cambiar. El ansiado encuentro con la adorada lluvia me hizo vibrar, y pude comprobar que en la calle había gente muy distinta del café que me poseía. Una nueva ilusión comenzó a nacer en mi interior: la posibilidad de que se produjera un cambio de propietario, puesto que las manos de Alfredo cada día me ahogaban más y carecía de futuro a su lado. Un hombre que era incapaz de acariciar a un ser vivo, no podía cuidar un objeto sin que brotara todo el resentimiento de un ser mutilado, salvo que se tratara de su reluciente coche. A éste siempre le reservaba los mayores cuidados –curioso fenómeno el comportamiento de los varones humanos con sus vehículos, digno de estudios psicopatológicos. Pienso que si Sófocles hubiera vivido en la actualidad, habría escrito «Edipo motorizado» en el que narraría cómo Edipo, después de cargarse al padre, mata a su propia madre y a todas las mujeres que se cruzan en su camino para poder acostarse con su coche. Estoy convencido de que una tragedia como ésta batiría el récord de taquilla en los cines actuales, y hasta puede que obtuviera algún premio de la

academia-.

Les ruego que me disculpen por la digresión, pero los paraguas pasamos tanto tiempo inactivos que tendemos a potenciar nuestra fantasía con argumentos que parecen inverosímiles para mentes planificadas y coherentes. Volvamos a ocuparnos de mi insigne comprador. Alfredo había caído en la propia trampa de su trabajo: los seguros de vida. Había hipotecado su vida presente en vistas a una supuesta jubilación llena de certidumbre y felicidad. Yo me preguntaba cómo podría ser un tipo tan imbécil. ¿Acaso no se daba cuenta de que ya llevaba demasiados años muerto como para suponer que iba a recobrar la vida cuando se jubilara? Dice un refrán paragüeril, traducido a lenguaje humano, que la lluvia no disfrutada jamás nos volverá a mojar. La única manera de recoger vida pasa por disfrutar cada momento, lo que no tiene nada que ver con la compra de falsas ilusiones o prebendas. Supongo que la visión del universo es muy diferente en ambas especies. Nosotros sólo disponemos de un tiempo muy limitado de vida útil, y después nos espera el basurero o la incineradora. Ninguna religión habla de un cielo para los paraguas, por lo que cada minuto de paragüero lo vivimos como una condena; y cuando somos desplegados, el amor se acelera porque recibimos la fuente que nos da la vida. Los de nuestra familia no podemos guardar nada para disfrutar en el futuro, puesto que a éste sólo se llega a través de sobrevivir al presente.

Una noche salió Alfredo a cenar con una hermosa joven, aunque un poco tonta en mi modesta opinión. Yo los acompañé debido a que llovía débilmente cuando salimos del apartamento y no querían mojarse sus costosas vestimentas y engominadas cabezas. Aunque ya carecía de cualquier interés en protegerlos, uno es muy profesional en su trabajo y cumplí con éxito mi misión; pero mi regocijo fue enorme cuando un coche cruzó por un charco a gran velocidad y mojó los pantalones del calzonazos de mi jefe provocando su irritación, lo que motivó que una gran cantidad de juramentos y amenazas salieran de su boca ante la aturdida mirada de su acompañante.

En el restaurante volví a ser recluso en un nuevo paragüero,

esperando el triste momento en que la cena terminara y volviera a ser recogido por las manazas de mi dueño para regresar a mi cruenta rutina. Pero el tiempo fue pasando, la gente salía del restaurante y, cuando apenas si quedaban comensales, vi que Alfredo salía abrazado a la joven y ambos reían –supongo que por los efectos del alcohol, ya que su sentido del humor era nulo–. Al pasar delante de mi celda no se detuvieron a recogerme, y se marcharon con gran celeridad. Durante unos minutos esperé con temor el regreso de mi patrón, pero éste no se produjo y el restaurante cerró sus puertas sin que Alfredo regresara. Entonces comencé a soñar que era libre, que la tiranía a la que había estado sometido ya se había terminado y que nunca volvería a ver a ese cerdo que vendía inciertas seguridades de viejo a cambio de renunciar a lo más hermoso de la vida.

Una nueva etapa estaba a punto de abrirse en mi odisea, y el azar se disponía a mover sus piezas caprichosamente. Yo esperaba que una mano amable me acogiera y me guiara por el mundo para alcanzar nuevas metas que resultaran más gratificantes que lo vivido. En aquel extraño escenario, y durante la larga noche, tuve la posibilidad de soñar con grandes aventuras en compañía de mi nuevo propietario o propietaria, puesto que no me disgustaba esta segunda posibilidad. Cuando era sujetado por una mano femenina me sentía mucho más a gusto, aunque mi experiencia era muy corta para sacar conclusiones definitivas sobre ese tema. Fue una velada hermosa, llena de ilusión y esperanza. En mi fantasía no había lugar para la llegada de un nuevo Alfredo.

Antes de que amaneciera, la puerta se abrió y entró una mujer de unos cincuenta años con aspecto de acumular la mayoría de ellos de cansancio. Era la encargada de realizar la limpieza del restaurante. Cuando pasó a mi lado se detuvo y miró fijamente la empuñadura. Me sacó con un gran mimo y me abrió para comprobar el estado en que me encontraba. Sin duda no debí defraudarla, ya que la calidad de mi sólida construcción era incuestionable, y mínimo el desgaste sufrido. La mujer, con gesto de aprobación, volvió a colocarme en el paragüero e inició su faena habitual.